

Capítulo XI

La penetración misionera y las rebeliones indígenas

...Sigamos a Boton y Chicorí, mataremos a todos los soldados y a los misioneros, y quemaremos sus templos, así podremos seguir con nuestras costumbres....

Segismundo Taraval

Algunos historiadores han dividido la estancia jesuítica en Baja California en 3 etapas: la 1ª., de exploraciones o apertura, que va de 1697 a 1730; la 2ª., que comprende las sublevaciones de 1730 a 1740, y la 3ª., un período de decadencia de 1740 a 1768, año en que se cumplió la ley de expulsión de los jesuitas. Lo anterior debe considerarse sólo como referencia general, ya que los hechos de esa época así clasificados se traslapan frecuentemente en los períodos mencionados. Enseguida se hace relación de algunas de las exploraciones más importantes posteriores a 1730.

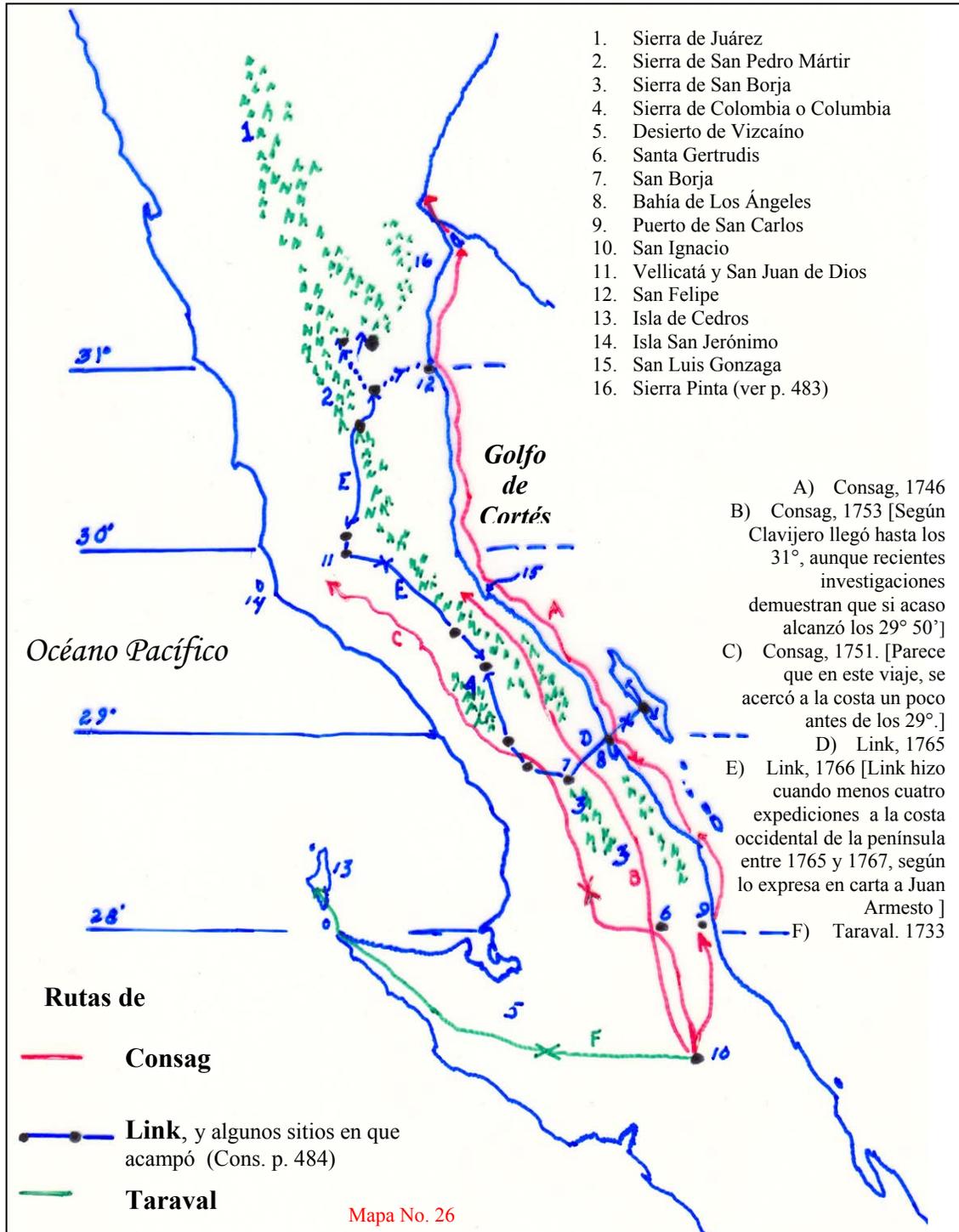
Segismundo Taraval, nacido en 1700 en Lodi, Milán, fue enviado a la misión de La Purísima Concepción, en substitución del padre Nicolás Tamaral, quien había ido a fundar la misión de San José, cerca de Cabo San Lucas. En 1732 hubo de encargarse de San Ignacio, en Kadakaaman, ya que el padre Sistiaga saldría a visitar las misiones con su carácter de superior en California, y un año después llegaron al lugar algunos gentiles procedentes de Isla de Cedros, a pedirle que fuese a su país a enseñarles la nueva religión. El misionero aceptó, hizo los preparativos necesarios y en poco tiempo llegó a la costa, caminó 6 días hacia el noroeste, y finalmente, la pequeña expedición arribó a un punto desde el cual se contemplaban varias islas. Para hacer la travesía marítima hasta dos de ellas, tuvieron que construir balsas al estilo de los nativos, exploraron Afeguá o Aseguá, Isla de los Pájaros, y Huamalguá (Amalguá o Guamalguá), Isla de las Neblinas, hoy Isla de Cedros. La primera estaba desierta y sin agua pero con abundancia de aves; la segunda con bastante agua y una fauna variada, desde venados y conejos hasta lobos marinos, así como lo que el misionero llamó “pequeñas ballenas” que pudieron haber sido delfines, a los cuales mataban los aborígenes con una especie de tridente de palo y los subían a sus pequeñas embarcaciones.

Todos los residentes de Huamalguá, navegando en sus balsas, se fueron a la península acompañando al padre Taraval hasta Kadakaaman, en donde se incorporaron, junto con otros gentiles procedentes de lugares muy lejanos a la población de la misión de San Ignacio.

En ese año de 1733 regresó el padre Sistiaga, por lo que Taraval pudo cumplir su deseo de plantar la misión de Santa Rosa en el país de los pericúes, en Todos Santos, muy cerca del Océano Pacífico. En 1751 se fue a Guadalajara, en donde murió en 1763. Entre las obras que escribió destaca su “Diario”, con 324 párrafos que abarcan de julio de 1734 a enero de 1737.

Viajes de los padres Consag, Taraval y Link¹.

Otras de las exploraciones de Link no aparecen en este mapa. (En este dibujo se utilizaron algunos datos del mapa que se incluye en *Wenceslaus Linck's Reports & Letters. 1762-1778*. Traducido por Ernest J. Burrus, S.J., Dawson's Book Shop, Los Ángeles, 1967).



Exploraciones de Consag

Fernando Consag estaba encargado de la misión de San Ignacio junto con el padre Sistiaga, y en 1746 y 51, acatando las disposiciones del visitador Juan Antonio Baltazar y del provincial de la orden, hizo dos viajes hacia el norte, uno por mar a la desembocadura del Río Colorado, y otro por tierra en busca de lugares propicios para establecer una misión, así como para determinar la naturaleza geográfica de California², reconocer la costa oriental de la península, y localizar el Estrecho de Anián, cuya existencia, inexplicablemente, se aceptaba todavía como una posibilidad muy real..



***Estampilla
conmemorativa de
Croacia, por los 250
años transcurridos
desde el 9 de junio
de 1746, cuando
Fernando Consag
inició su viaje al río
Colorado.***

El primero se inició el 9 de junio de 1746, en cuatro barcos abiertos que zarparon de San Carlos, el puerto más cercano a San Ignacio; integraban la expedición el padre Consag, varios indios californios y un grupo de yaquis que eran buenos marineros; navegaron hacia el norte haciendo el registro de los accidentes geográficos y topándose varias veces con nativos que no los molestaron; finalmente llegaron a la desembocadura del gran río el 14 de julio de 1746; por 10 días hicieron exploraciones en los alrededores, incluyendo las islas que allí se encuentran, intentaron navegar río arriba pero se los impidió la fuerza de la corriente, perdieron un barco por el fuerte oleaje e iniciaron el regreso a San Carlos el 25 de julio, registrando todos los accidentes geográficos de la costa³. De esta exploración, Consag escribió un diario y elaboró un mapa que tituló *Seno de California y su costa oriental nuevamente descubierta y registrada desde el cabo de las Vírgenes hasta su término, que es el río Colorado, año de 1747, por el Pe.Ferdinando Consag de la Compa. de IHS Misionero en la California*⁴. Su trabajo fue usado por otros cartógrafos hasta el siglo XIX, habiendo confirmado definitivamente que California era una península, lo cual sintetizó el misionero explorador en una carta a sus superiores fechada el 31 de octubre de 1746 en San Ignacio.

En 1748 Consag fue nombrado Visitador de las Misiones de California, y el 22 de mayo de 1751 inició otro viaje, pero ahora por tierra, partiendo desde San Ignacio hacia el noroeste, con un buen número de soldados a caballo bajo el mando del nuevo capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada y algunos indios a pie, con el objetivo de encontrar sitios adecuados para fundar más misiones. Caminaron 2 meses por la vertiente occidental de los montes, sobre todo de la Sierra de San Borja y Columbia, hasta llegar al mar a los 29° 47' de latitud según su reporte, lo cual resulta dudoso por los parajes que describe en su diario, de aquí volvieron tierra adentro y otra vez se acercaron a la costa; realmente no se sabe cuál fue el punto más septentrional que alcanzó, y hay quienes afirman que pudo haber llegado hasta más allá de los 30°⁵, lo cierto es que ningún europeo antes que él penetró hasta esas latitudes en la Baja California. Por la ubicación que da de Isla San Jerónimo⁶, antes de los 30°, Consag debe haber llegado hasta muy cerca de la región de Vellicatá. Finalmente, los expedicionarios regresaron el 8 de julio de 1751.

En todo el trayecto no encontraron un terreno propicio para fundar una misión, aunque sí establecieron contacto con muchos gentiles, los cuales se admiraban al ver los caballos que montaban los soldados y las mulas en que cargaban los víveres. En esta exploración, al pasar los viajeros por el norte del Desierto de Vizcaíno se conoció el cirio, cuyo nombre, según algunas opiniones le fue asignado por Consag, aunque también se atribuye a Wenceslao Link, el haber bautizado a la imponente cactácea. Aparte del mejor conocimiento de aquella región, el beneficio que se tuvo con este viaje fue establecer una relación amistosa con aquel gran número de nativos. Aprovechando la aceptación que mostraban los indios hacia los españoles, los padres Sistiaga y Consag trabajaron con empeño en su catequización, aunque aquél abandonó California desde 1747.

En la primavera de 1753, acompañado nuevamente por el Capitán Rivera y Moncada, con una obstinación digna de encomio, el padre Consag realizó un tercer viaje hacia el norte, decidido a localizar un buen lugar para fundar una misión; esta vez siguió una ruta más próxima al golfo, de la Sierra de San Borja a la Bahía de San Luis Gonzaga, quizá siendo éste el lugar más al norte que alcanzó, pues lo quebrado del terreno y la falta de agua lo obligaron a regresar, aunque en su camino, sin darse cuenta, pasó muy cerca del manantial que poco después facilitaría la fundación de la misión de San Borja.⁷

Cuando la misión de San José del Cabo cerró sus puertas en 1730, como se ha mencionado antes, de acuerdo con la disposición de su benefactor, el marqués de Villapiente y Castrejón, sus fondos se destinaron para que se fundara una misión dedicada a Santa Gertrudis la Magna, en atención al nombre de su esposa doña Gertrudis de la Peña; por lo que cuando el padre Consag, en su búsqueda de un buen sitio para establecer una misión, supo de un lugar con agua a un poco más de 80 Km. al norte de San Ignacio; envió al lugar a un indio casi ciego pero de gran inteligencia, llamado Andrés Comanají, para que dirigiera la construcción de la capilla y las primeras habitaciones, así se hizo, y el 15 de julio de 1752, el padre Jorge Retz estableció en el lugar la misión de Santa Gertrudis la Magna, quedando así cumplidos los deseos del marqués. Poco después se localizó en las cercanías tierra de regular calidad, a la que se condujo el agua por un canal revestido de piedra, lo que permitió la siembra de riego; la misión llegó a ser de las más importantes al haber atendido el misionero hasta 1 400 neófitos, siempre con la ayuda de su fiel colaborador Andrés Comanají.

Seis años después de su último viaje, el padre Fernando Consag, incansable explorador y misionero, murió a los 56 años de edad, el 10 de septiembre de 1759, tras 27 años de servir en las misiones de California, 22 de los cuales se ocupó atendiendo la de San Ignacio. Hoy casi nadie recuerda sus obras como misionero y explorador, y sólo unos islotes desiertos al norte del Golfo de Cortés llevan su nombre, debido a la idea que alguien tuvo de perpetuar su memoria.

Exploraciones de Link, Linck o Linc⁸.

Ya se ha dicho que doña María de Borja, duquesa de Béjar y Gandía, tuvo información sobre la obra de los jesuitas por las pláticas de un sirviente que había sido soldado en California, lo cual la movió a dejar un importante capital destinado al establecimiento de misiones en el lejano territorio, por lo que cuando el padre Jorge Retz confirmó, por informaciones de los indios de su misión, la existencia de un manantial de agua caliente en Adac, a unos 100 Km. al norte de Santa Gertrudis, mandó abrir un camino e hizo que se comenzaran las primeras construcciones, incluyendo la iglesia, varias casas, el almacén y un hospital, y ya con esa base, el 1º. de septiembre de 1762, el padre Wenceslao Link fundó la misión de San Francisco de Borja. Inicialmente hubo tiempos difíciles y conatos de rebelión, que fueron sofocados con la ayuda de indios conversos fieles, poco después se localizaron terrenos con buenos pastaderos para alimentar el ganado que había sido donado por las demás misiones, se fueron introduciendo los cultivos acostumbrados, y al poco tiempo, se logró un gran éxito en el terreno espiritual al evangelizar a cientos de gentiles. Debe aclararse que las misiones de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja, fueron construidas por los jesuitas inicialmente de adobes, y que fueron los dominicos quienes terminaron los majestuosos edificios de cantera que hoy se aprecian.

Link había recibido al padre Victoriano Arnés en San Francisco de Borja, para que colaborara con él en tanto no estableciera su propia misión, por lo que en 1765 tuvo tiempo de hacer varias exploraciones al norte y oeste de San Borja, y a la isla Ángel de la Guarda, a ésta motivado por los informes de algunos indios, que dijeron haber visto por la noche fogatas en ese lugar. Acompañado del teniente Blas Fernández de Somera, así como por varios soldados y neófitos, se embarcó en la

lancha de la misión en la bahía y puerto de Los Ángeles; llegado a la isla la exploró en buena parte, pero la encontró desierta y sin agua, por lo que regresó a los Ángeles, no sin haber estado en peligro de naufragar por los vientos que azotaron la embarcación. Es de suponerse que las hogueras que vieron los neófitos de la misión fueron encendidas por náufragos o pescadores que estuvieron en la isla. De los viajes de Link⁹, el más importante y reconocido es el que se narra a continuación.

El 20 de febrero de 1766, Link y Fernández de Somera, con cabalgaduras y una escolta de 13 soldados que proporcionó el capitán Rivera y Moncada, salieron a explorar la región norte que había reconocido por primera vez el padre Consag en 1753, con el propósito de localizar algún sitio con agua y plantar una misión; además, deberían extender su exploración hasta el Río Colorado para establecer rutas que facilitarían, en lo futuro, la cristianización de los gentiles de esa región. El 5 de marzo llegaron a un arroyo como a 192 Km. de Adac, con muchos pinos y guaribos en sus cercanías, lugar que los nativos llamaban Guiricatá, palabra que después los españoles convirtieron en Vellicatá o Velicatá, y el sábado 8 arribaron a un lugar cercano al anterior, que llamaron San Juan de Dios en honor del santo cuya fiesta es ese día, en el cual había agua para que abrevara un número considerable de cabezas de ganado mayor. Siguieron el viaje por la sierra y fueron encontrando tierras cada vez con más agua y vegetación, pobladas por indios amistosos y dispuestos a ayudarles, con una cultura hasta cierto punto más avanzada que la de los cochimíes del sur. Narraron a su regreso un episodio en el que se pone de manifiesto lo anterior: en cierta ocasión en que los gentiles de una ranchería huían atemorizados por el contingente español, una anciana de porte señorial, cubierta con un capotillo de pieles, llamó a los espantados indígenas para que se esperaran a ver si los forasteros venían o no en son de paz. Obedecieron todos a la anciana y comprobaron luego que aquellos extraños visitantes eran obsequiosos y amables, y poco después, al recibir a los españoles, la dama en cuestión les otorgó un trato con tal cortesía y dignidad que todos quedaron sorprendidos, tal vez porque compararon su intervención con las condiciones de escasa participación social en que se desenvolvían las mujeres de las etnias californianas del sur¹⁰.

Causó admiración a los expedicionarios encontrar en algunos lugares cabañas “de madera labrada”, que quizá servían de refugio a los nativos en épocas de frío, y no como habitaciones permanentes, y aquella serranía que pareció al padre Link más fértil y acogedora que los semidesiertos del sur, era lo que hoy conocemos como sierra de San Pedro Mártir. El 26 de marzo de 1766, el padre Link escribió en su diario que al parecer, este paraje marcaba el límite extremo de la lengua cochimí, tomando en cuenta la velocidad en la pronunciación y la dificultad de los guías para entender a los nativos del lugar; quizá las tribus que hablaban tan diferente lenguaje eran los kiliwas. Un lugar por el que pasó la expedición y que tendría importancia en futuros viajes fue La Cieneguilla, hoy Valle de La Rinconada, unos 10 Km. al sur de lo que sería la misión dominica de San Pedro Mártir. Siguieron su marcha, y cuando Link pensó que se encontraban a la altura del Colorado, intentó bajar hacia el este, pero lo quebrado del terreno, y el gran arenal del desierto de San Felipe impidieron a toda la expedición descender hacia las bocas del gran río, aunque el 21 de marzo algunos indios del contingente sí llegaron a la costa del Golfo, y hasta trajeron al regreso a un nativo del lugar. Sin embargo, por el deterioro de la caballada y los enfermos, el 27 de marzo tuvo que iniciar el regreso a Adac, después de lo que fue la última exploración jesuita en la península¹¹.

La última frontera jesuita

Fundar una misión en Vellicatá, tan distante de San Francisco de Borja, tenía como inconveniente no sólo la distancia, sino también el gran número de gentiles que habitaban entre los dos lugares, y que en un momento dado podían cortar su comunicación. Debido a esto, el superior de la orden dispuso que los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez plantaran una misión en Calamajué, en las faldas del monte Juzái, casi a 85 Km. de Adac y a unos 15 de la costa del golfo. A pesar del agua de pésima calidad y las carencias que afectaban a la misión, muchos nativos acudieron para ser

catequizados por los misioneros; aunque al poco tiempo el padre Díez, por enfermedad, tuvo que irse al sur, y después de estar en varias misiones quedó finalmente en La Purísima. Más adelante, el padre Arnés tuvo que abandonar esta misión por la mala calidad del agua, de lo que ya se habló en el capítulo anterior; buscó un sitio mejor, y después de varias exploraciones encontró el terreno adecuado para trasladar la misión a un poco más de 54 Km. de distancia hacia el norte, en el arroyo de Cabujacaamang, y bautizó el nuevo centro religioso como Santa María de los Ángeles, en recuerdo de la duquesa de Gandía, con cuyos donativos se pudo plantar esta misión en 1767, la última que levantaron los jesuitas en Baja California casi a 135 Km. de San Francisco de Borja.

Queda fuera de duda el valor y la decisión de misioneros exploradores como Consag y Link, que al internarse por sierras y desiertos, que aun en la época actual han causado el extravío y la muerte de muchos viajeros, arriesgaron sus vidas en cada ocasión que salían por mar o al interior de la península. Sin embargo, los españoles contaron siempre con el auxilio de los indios, quienes los guiaban por rutas y lugares que hoy están deshabitados, pero que en aquel tiempo estaban poblados por los californios, que habían tenido siglos, o tal vez milenios para adaptarse a un medio geográfico tan hostil, y conocer la ubicación de agujeros y arroyos, así como los animales y frutos de la naturaleza que podían servirles de alimento. Además, era frecuente que en los contingentes de las exploraciones se llevaran víveres suficientes cargados en mulas, así como rebaños de ganado con los que aseguraban su alimentación por el tiempo que planeaban viajar; también iban soldados con armas de fuego e indios flecheros ya conversos que podían ayudar en caso de peligro, aunque invariablemente, las órdenes eran no disparar contra los nativos, salvo en casos extremos. Es por esto que nunca se reportó algún misionero explorador que se hubiese perdido o muerto de sed en algún lugar de la península.

Las rebeliones indígenas y sus causas



Dibujo que da idea de la muerte del padre Luis Jayme en la rebelión del 4 de noviembre de 1775 en San Diego. (Cort. The Journal of San Diego History, Wint. 1976, V. 22)

Puede decirse que los indios de México tuvieron más motivos de resentimiento que de afecto hacia los conquistadores por los abusos e injusticias que se cometieron en su contra. En el caso de los californios, a pesar del amparo que los misioneros les brindaron, fueron muy frecuentemente explotados, vejados y aun asesinados por los soldados, pescadores de perlas y mineros que llegaban a la península en busca de fortuna.

Estos abusos y delitos, aunque considerados como tales por las leyes, invariablemente quedaban impunes por las reducidas fuerzas de los presidios y los

dilatados territorios y costas en los que debían imponer el orden. Los guamas o doctores de los gentiles tenían una categoría siempre relevante en la comunidad, ya que se les respetaba y temía por los supuestos poderes que poseían, y su sabiduría, quizá auténtica en ocasiones, para curar a los enfermos; así es que defendiendo su poder, trataban por todos los medios posibles que su gente rechazara a los misioneros, conspiraban en su contra y los hacían frecuentes víctimas de atentados.

Aun así, los padres jesuitas no sólo defendieron a los indios, sino que trataron de inculcar los valores del Evangelio predicando con el ejemplo de su vida cotidiana, ayudando a los enfermos, compartiendo penalidades y carencias, y anteponiendo siempre que les fue posible la paciencia y la comprensión al castigo riguroso, además de que, en esta forma, acataban las órdenes terminantes del rey en el sentido de que en el proceso evangelizador se evitara el uso de la violencia hasta donde fuera posible. A pesar de esto, los españoles introdujeron una forma de castigo que no conocían los californios, los latigazos a quienes cometían un delito o violación de las normas a las cuales debían sujetarse quienes vivieran en el territorio de la misión. Si actualmente, en la cultura llamada occidental, resultaría un salvajismo inhumano la aplicación de un castigo así, no es extraño que entre los californios se haya generado el odio y el deseo de venganza contra los españoles por estas acciones tan humillantes. Los nativos californianos, en la simplicidad de su nómada existencia, en armonía con la naturaleza en que transcurrían sus vidas, poseían virtudes que los propios jesuitas reconocieron: no practicaban el hurto entre los miembros de su ranchería¹², desconocían la embriaguez, y si se hacían la guerra una tribu contra otra, casi siempre por disputas territoriales relacionadas con la pesca o cacería, ciertamente llegaban en ocasiones a matarse, pero el confinamiento en prisión, la tortura y el castigo por azotes no existían en sus costumbres. Toda limitación de sus libertades y el castigo corporal debe haber sido el peor suplicio.

En aquella época, los reos eran juzgados en público por un tribunal que se integraba casi siempre por dos o tres soldados en representación del capitán del presidio de Loreto, y el indio gobernador de la comunidad. Cuando la sentencia dictada era de un cierto número de azotes que se darían al delincuente, los misioneros, de previo acuerdo con el soldado que impartía el castigo, intervenían ostensible y públicamente para que se redujera la pena a la mitad, a lo cual el militar, después de una fingida resistencia, accedía, de manera que todos los que presenciaban los hechos se convencían de la generosidad de los padres jesuitas. Aunque con este truco los misioneros se granjeaban la simpatía de los indios, estos aprendieron pronto que, cuando cometían alguna falta, siempre y cuando no fuera el asesinato, eran invariablemente perdonados por los padres, con tal que mostraran señales de arrepentimiento. Además, muchos neófitos fingían aceptar las enseñanzas de los religiosos con tal de recibir a cambio el pozole y la ropa que se les daba en la misión, pero se dejaban llevar por las instigaciones de los guamas para rebelarse y atentar contra las misiones.

A pesar de lo dicho, eran muchos los neófitos auténticamente cristianizados, algunos de los cuales, leales a sus misioneros, varias veces los previnieron de la acción que sus hermanos de raza pretendían realizar en su contra; y en otras ocasiones se prestaron como guías de los soldados para perseguir a algún indio delincuente.

Un hecho indicador de que la estrategia empleada por los misioneros para cristianizar y españolizar a los nativos no era del todo adecuada, es que en todos los lugares a los que llegaban por primera vez eran generalmente bien recibidos, pero al poco tiempo surgían brotes de inconformidad que se convertían en rebeliones. Lo anterior lo expresaron reiteradamente los propios jesuitas en informes y cartas que mandaron muchas veces al virrey y al provincial de la orden, de lo que se infiere que la oferta cultural de los misioneros fue rechazada por muchos nativos, y otros simulaban su aceptación sólo por conveniencia, sin embargo, como se expresó antes, es una realidad que sí hubo una gran cantidad de indios cuya conversión religiosa fue auténtica.

Otro hecho que permite considerar como frágil la conquista espiritual sobre una buena parte de los californios fue la crónica incapacidad de los capitanes generales de Loreto para integrar ya no digamos un ejército numeroso de indios conversos y fieles a los españoles, como sucedía en casi toda la Nueva España, sino un grupo de guardias armados a la usanza indígena, de unos 100 ó 200 indios que de mucha utilidad les hubieran sido¹³. De hecho, en Sonora y en Chihuahua era normal

que las fuerzas en que apoyaban su estabilidad las misiones eran de flecheros indios, que cuando se consideraba necesario, perseguían a los sediciosos y conservaban la paz de las provincias. Por todo lo expuesto, se comprende que el terreno era fértil para que fructificaran las rebeliones, que se dieron frecuentemente contra las misiones, desde San Diego y la región del Río Colorado hasta San José del Cabo en el sur, las cuales afectaron en diversas épocas a jesuitas, franciscanos y dominicos.

Un ejemplo que muestra el abuso y la arbitrariedad ejercidos por los españoles contra los indios, rebasando las buenas intenciones de los misioneros, y las consecuencias que esas acciones llegaron a tener, es el episodio que se narra enseguida. En 1702, una muchacha india cristiana casada con un soldado español, atendiendo el pedido de su madre, dejó su casa en terrenos de la misión de San Francisco Javier, para asistir con sus hermanos de raza a la fiesta de las pitahayas, que se efectuaba en una ranchería cercana, sin el consentimiento de su marido. Enfurecido éste al percatarse de la ausencia de su esposa salió en su busca hacia el lugar de la fiesta, armado con su arcabuz, pero en el camino un indio anciano trató de convencerlo para que desistiera de su empeño, advirtiéndole que podría resultar peligroso. El español, en lugar de escuchar el prudente consejo de aquel hombre lo mató de un balazo, algunos nativos se percataron del crimen, y a su vez dieron muerte al soldado. Esto provocó el descontento de los indios, y en abril de 1703 atacaron a los neófitos de la misión de San Javier y asesinaron a muchos.

Pero tal vez de todas las etnias californianas, la más rebelde fue la de los pericúes, al grado de que por varios años, especialmente de 1734 a 1737, atacaron frecuentemente a las cuatro misiones más meridionales sin que los aguerridos indígenas pudieran ser totalmente aplacados. Los misioneros jesuitas, en sus informes, siempre achacaron estos alzamientos a la inconformidad de los californios sureños con la monogamia que el cristianismo y la ley española les imponían, y es verdad que no aceptaron de buen grado aquella costumbre, para ellos extraña, de vivir obligadamente toda la vida con una sola mujer; pero resulta poco creíble que únicamente por esa razón, centenares o quizá miles de los indios se hayan levantado contra los misioneros, tomando en cuenta que los gentiles de las rancherías fuera de la misión, ubicadas frecuentemente a muchas leguas de distancia, podían practicar sus antiguas costumbres sin temor a ser sancionados por el religioso o el soldado que les hacía compañía, ya que éstos visitaban muy a lo lejos aquellas comunidades.

En otras relaciones, los jesuitas refirieron que varios representantes de los pericúes les habían solicitado que se les dieran tierras de las misiones para trabajarlas y poder vender los productos obtenidos a quien mejor les conviniese; además, pedían que se les permitiera transitar con toda libertad por aquellos territorios y viajar a las provincias de la Nueva España sin tener que solicitar autorización de nadie. Los misioneros rechazaron rotundamente las peticiones de los indios, alegando que no tenían capacidad para trabajar y producir por ellos mismos, y que cada misión contaba con espaciosos territorios para que viajaran dentro de ellos; además de que en caso especial, si hubiera una razón de peso, se les podría, autorizar para que salieran a donde fuera necesario.

Los pericúes insistieron en sus peticiones, que según los jesuitas, eran instigadas por los mineros que acudían frecuentemente a Todos Santos y a Santiago a comprar víveres. Sí es posible que algunos civiles les hayan hablado a los californios sobre los derechos que tenían los indios en otras partes de la Nueva España, pero el caso es que, en su legítimo afán de ser escuchados, 20 nativos sureños se robaron el barco de la misión de Santiago y pudieron llegar hasta Ahome, Sinaloa, pero fueron reconvenidos severamente por el padre Antonio Ventura¹⁴ y regresados a su tierra en un barco que envió el capitán gobernador de Loreto. Poco después repitieron la hazaña, porque realmente lo era burlar la vigilancia de los españoles, y conducirse con el sigilo e inteligencia suficientes para robarse una embarcación, volvieron a escapar y algunos llegaron hasta Guadalajara, en donde un oidor enemigo de los jesuitas aprovechó políticamente aquella situación, y comunicó las inconformidades de los pericúes al propio monarca. Pero ni la audiencia de Guadalajara, ni el

visitador general de las misiones Ignacio Lisazoain¹⁵, que también los había escuchado, y mucho menos los misioneros de California, consideraron con seriedad aquellas peticiones, tildándolas de ridículas y fuera de la realidad. Tal vez tenían sus razones para no acceder a lo solicitado, pero la negativa rotunda y definitiva de todas aquellas autoridades, sin dejar posibilidades para llegar a un acuerdo, fue equivocada e injusta. Todo esto sucedió después de la rebelión general de los pericúes, pero es ejemplo demostrativo de las inaceptables condiciones en que transcurría su vida desde que se inició la dominación española, lo que fue generando el malestar que culminó con el violento alzamiento de las tribus sureñas, y que provocó la pérdida de muchas vidas, incluyendo las de los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral.

Es verdad que los misioneros llegaron a conceder a los indios puestos de cierta responsabilidad, en parte obligados por la escasez de personal europeo calificado que aceptara ir a California. Por ejemplo, en el barco de la misión llegaron a desempeñarse algunos nativos con categoría de oficiales; en las construcciones de las nuevas comunidades se llegó a encargar el trabajo a albañiles indios; en cada poblado había un “gobernador” californio; y en su actividad evangelizadora, los padres se auxiliaron frecuentemente de nativos conversos que mostraban la disposición necesaria. Pero la toma de decisiones importantes, el poder y los productos del trabajo que llegaron a generarse correspondieron esencialmente a los españoles. Este paternalismo nefasto para los nativos lo ejercieron jesuitas, franciscanos y dominicos en las dos Californias durante todo el tiempo de su labor, salvo contadas excepciones, como el caso del padre Juan de Ugarte, que llegó a concederles tierras a los indios y el derecho a disponer de las cosechas que levantarán.

La rebelión de los pericúes

Por los años de 1733 y 1734, el indio gobernador de Santiago llamado Boton, defraudó la confianza en él depositada por el padre Lorenzo Carranco al tener varias mujeres y observar una conducta licenciosa, por lo que fue castigado públicamente y privado de su cargo. Deseoso de cobrar venganza se fue a Yeneca, rancharía gobernada por el mulato Chicorí; éste se había llevado a una muchacha cristiana de la misión de San José, y de nada habían servido las peticiones del padre Tamaral para que dejara ir a la joven a su casa. En estas condiciones, Boton y Chicorí se identificaron por su odio a los españoles, conspiraron, hicieron labor de convencimiento en todas las rancharías, y lograron que se adhiriera a su plan un gran número de indios con el objetivo de destruir las misiones y matar a sus misioneros y soldados. Los militares en esta región eran apenas cinco, distribuidos en las misiones de Todos Santos, Santiago y La Paz, y para llevar a cabo sus planes, los pericúes se dispusieron a asesinarlos uno por uno, cuando estuvieran solos. En septiembre de 1734 comenzaron a ejecutar sus planes, matando primero a uno de los soldados de Santa Rosa y después al de La Paz. A este lugar arribó otro soldado procedente de San José del Cabo, a donde había llegado de Loreto para hacerle unas sangrías curativas al padre Tamaral, pero al encontrar sangre y las pertenencias de su compañero tiradas en el suelo, temiendo por su propia vida, se fue a Los Dolores, en donde comunicó todo al padre Guillén, quien estaba al frente de las misiones de la península, pero éste no pudo establecer comunicación con los misioneros del sur por impedirlo los rebeldes.

El padre Carranco había enviado una escolta de neófitos a San José para que se llevaran a Santiago al padre Tamaral, éste rehusó, y a su regreso, los emisarios se aliaron con los conjurados; arribaron a la misión el 1º de octubre de 1734, y sabiendo que el padre Carranco estaba solo porque los dos soldados habían ido al campo a traer dos reses para el sacrificio, entraron en su cuarto, lo sacaron a jalones y lo asesinaron a flechazos y pedradas, así como al muchacho que le servía; cuando llegaron los soldados que habían ido por las reses los mataron en igual forma; hicieron una pira con muebles y objetos del culto que sacaron de la iglesia y arrojaron al fuego los cuatro cadáveres. De aquí se

fueron los rebeldes a la misión de San José del Cabo, a donde llegaron el 3 de octubre y mataron al padre Tamaral en forma semejante a lo hecho en Santiago con el padre Carranco.

El padre Taraval¹⁶, a cargo de la misión de Todos Santos, se enteró por algunos neófitos fieles de la muerte de los misioneros, y gracias a esto pudo escapar a La Paz, luego a la isla del Espíritu Santo y finalmente a Los Dolores, en donde puso al tanto al padre Guillén de las desgracias sucedidas. Este escribió al virrey una carta informándole de los acontecimientos y el riesgo de que se perdería todo si no se establecía un nuevo presidio en el sur, con la fuerza militar suficiente para proteger las vidas de los misioneros y todos los bienes logrados a costa de tanto esfuerzo; pero el virrey desatendió la dramática solicitud de ayuda y contestó a Guillén que hiciera la petición a Madrid.

Mientras tanto, los sediciosos se lanzaron contra los neófitos de Santa Rosa y les causaron 27 muertes. Sabiendo el capitán del presidio, Esteban Rodríguez Lorenzo, que la inquietud de los pericúes se empezaba a sentir hasta San Ignacio, decidió trasladarse con los pocos hombres con que contaba a la misión de Los Dolores, para impedir cualquier intento de los rebeldes de avanzar hacia el norte. Mientras tanto, acatando la orden del padre Guillén, todos los misioneros se fueron concentrando en Loreto¹⁷ para no arriesgar sus vidas en caso de que estallase la rebelión entre los cochimíes. En este trance y en otros hechos, fue notoria la indiferencia y aun la animadversión del virrey, Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, contra los misioneros de California, aunque bien puede ser que esa abulia para resolver tan graves problemas fuera sólo parte de su ineptitud general como gobernante, ya que fue considerado como el virrey menos capaz en la historia de la Nueva España. El padre Bravo, a cargo de la misión de Loreto, pidió ayuda al gobernador de Sinaloa, quien se trasladó a la península con su tropa, además de 60 guerreros yaquis que ya habían arribado a Los Dolores para reforzar aquel bastión de las misiones que quedaban hacia el norte.

En 1733, el galeón de las Filipinas había llegado al puerto de San Bernabé, llamada también San José del Cabo, con enfermos y sin víveres; y cuando el padre Tamaral se enteró por unos pescadores de las dificultades en que se encontraba la tripulación, fue hasta allá y atendió generosamente a los marineros del galeón, enfermos y con hambre. Un año después, el mismo barco ancló nuevamente en el puerto, e ignorando que se encontraba ocupado por los rebeldes, el capitán mandó a 13 marineros que se acercaran a la costa en un esquife, los cuales fueron atacados y muertos por los pericúes, por lo que tuvo que zarpar hacia Acapulco, esta vez sin poder atender a sus enfermos de escorbuto.

A pesar de la insurrección del sur, en las misiones situadas de Los Dolores hacia el norte prevalecía la tranquilidad, no había ninguna acción organizada contra los españoles, y por el contrario, neófitos representantes de algunas comunidades se trasladaron a Loreto para pedir a los misioneros que regresaran, a lo que éstos accedieron. El gobernador de Sinaloa, conforme a las disposiciones del virrey, no estando supeditado en forma alguna a los misioneros; desestimó sus consejos para hacer frente con éxito a la insurrección, y en 2 años no pudo acabar con los pericúes que hacían astutamente una especie de guerra de guerrillas, aprovechando su conocimiento del terreno; por fin, escuchando las sugerencias de los padres jesuitas, el militar español obligó a los rebeldes a sostener dos batallas formales en las que fueron derrotados. Así fue como se restableció la tranquilidad, los principales cabecillas de la conjura fueron desterrados; por órdenes del rey se creó un nuevo presidio en el sur y se restauraron las misiones de La Paz, Santa Rosa, Santiago y San José, a donde fueron enviados nuevos misioneros para continuar la labor interrumpida.

Pero la tranquilidad absoluta nunca se dio por completo en la península, sobre todo en la región de San José del Cabo y Santiago, donde los pericúes llegaron a cometer varios asesinatos en contra de los neófitos que no los secundaban en sus alzamientos, y años después de la rebelión, hicieron

demandas a los misioneros que, como ya se ha mencionado, culminaron con el robo de barcos para llevar sus peticiones personalmente a las autoridades de la Nueva España.

En la misión de San Francisco de Borja hubo ataques feroces contra los indios conversos llevados a cabo por gentiles del norte; los uchitíes, de filiación guaycura, fueron perseguidos a muerte por el teniente de San José debido a que guerreaban contra sus paisanos cristianos, y los intentos de sedición fueron una amenaza constante en la región, aunque nunca se repitió un alzamiento como el de 1734. En medio de tanta calamidad, los misioneros fueron alentados por la actitud favorable de Felipe V hacia ellos, quien en 1741 ordenó que se pagaran los gastos de la guerra con cargo al real erario, y después, en cédula del 13 de noviembre de 1744, de acuerdo con propuestas del Consejo de Indias, dispuso que se fundaran más poblados y presidios, que se duplicara el número de misioneros, y se fundaran misiones desde el Colorado hacia el sur hasta llegar a las ya establecidas, aunque casi todos estos proyectos, por utópicos, nunca se realizaron. A la muerte de Felipe V, su hijo Fernando VI continuó apoyando el trabajo de los jesuitas y ratificó las disposiciones de su padre; fue por esto que en esa época el provincial de la orden pidió al padre Fernando Consag que realizara una nueva exploración hacia el Río Colorado, a efecto de cumplir con la orden real, de lo cual ya se ha hablado.

¹ Consultar apéndice (2).

² Dalmatians from Croatia and Montenegrin Serbs in the West and South 1800-1900. San Francisco: R & E Research, 1971. Adam S. Eterovich; p. 79.

³ "History of the North Mexican States and Texas". San Francisco: Bancroft, 1886. Hubert H. Bancroft, pp. 463-464.

⁴ "Lower California, an Island"; Peter Masten Dunne; pp. 60-61.

⁵ Adam Eterovich; op. cit. p. 82.

⁶ Parece que Consag confundió la Isla San Jerónimo con Guadalupe, que está a más de 200 Km. de la costa.

⁷ Es probable que Consag no haya llegado hasta los 31° L.N. en su viaje de 1753, como dice Clavijero, ya que en su biografía publicada por Francisco Zeballos en 1764, se habla de un diario en el cual el jesuita explorador señala como punto más septentrional de su viaje la latitud de la bahía de San Luis Gonzaga, a los 29°50' de latitud norte.

⁸ Ver nota 20 en p. 498.

⁹ Link realizó unas cinco exploraciones, aunque, como se ha mencionado, la más importante fue la de febrero de 1766 a abril del mismo año. En agosto 16 de 1767 escribió al tesorero Juan de Armesto: *Quedo con el encargo de registrar la parte de la contracosta que toca a estas cercanías, aunque más de cuatro veces me dilaté en sus playas.*

¹⁰ Clavijero, op.cit., p. 224.

¹¹ Las viajes de Wenceslao Link, sobre todo el realizado hasta la sierra de San Pedro Mártir, lo ubican como uno de los grandes exploradores de la etapa misional en Baja California no sólo por la distancia recorrida, sino por los informes que dejó y que contribuyeron a definir más claramente el territorio septentrional de la península, en lo geográfico con descubrimientos como el de la sierra de San Pedro Mártir, La Cieneguilla y San Juan de Dios, y en el aspecto cultural el haber reconocido etnias diferentes a las del sur. En el Apéndice (2) de esta obra se transcribe parte de su diario.

¹² Clavijero, op. cit., p. 52.

¹³ La guarnición de Loreto estaba formada ordinariamente por 25 soldados. Engelhardt, 1829, op.cit., 104.

¹⁴ Ventura mantuvo en su misión durante seis meses a los fugitivos, aunque tres de ellos lograron llegar hasta el presidio de Montesclaros, allí fueron escuchados por el teniente gobernador de Sinaloa, y aunque éste pensó intervenir en el asunto, escuchó el prudente consejo de Ventura y dejó que las cosas fueran resueltas por las autoridades de California.

¹⁵ Los pericúes querían, entre otras cosas, que en lugar de misionero se les pusiera un cura del clero secular, al que supuestamente sostendrían, y se comprometían a pagar tributo al rey en el caso de que se accediese a sus peticiones. Cuando fueron regresados a Loreto, al poco tiempo reiteraron sus solicitudes a Lisazoain, pero éste les respondió que las órdenes expresas del virrey y del mismo monarca español eran de no cambiar la forma como se gobernaba la península.

¹⁶ Segismundo Taraval, nació en Lodi, Lombardía, hijo de Miguel Taraval, oficial del Real Ejército de España, ingresó en Toledo a los dieciocho años a la Compañía de Jesús, y estudió filosofía en Alcalá. Llegó a Loreto en mayo de 1730, vivió en Guadalajara 12 años, y 21 años, los pasó en Baja California. Murió en 1763. Es ejemplo del erudito que cambia su vida de distinción en el mundo cultural de la época por el trabajo en las misiones jesuitas de la península.

¹⁷ Loreto: *Está situado en el estuario de San Dionisio, en el lugar llamado Conchó por los indios, pero al que le hemos dado el nombre de Nuestra Señora de Loreto, y establecido allí nuestra primera misión. Tiene cuatro pequeños bastiones, y está rodeado por un buen foso....Dejó el fuerte con 18 soldados con sus oficiales...* Piccolo, op.cit., p. 159.